

## EL MINISTRO MARCO HA DICTADO DOS DECRETOS QUE CONSIDERAMOS CORRUPTORES Y JESUITICOS

Son bien conocidas las vinculaciones temporales, y espirituales del ministro Marco, que hoy rige, por misterioso accidente, los destinos de la Instrucción Pública en la Argentina. Es público y notorio que su candidatura al ministerio fue gestionada y palmada por elementos de sacristía que miraban con horror la última reforma universitaria; y también, lo es, que el ministro es uno de tantos conservadores que se fingieron "radicales" cuando el partido radical subió al gobierno, siguiendo la vieja táctica jesuítica de mezclarse entre los enemigos para comprometerlos.

La prensa, en general, ha celebrado los dos decretos del ministro Marco. ¿Los ha entendido? ¿No sospecha sus fines? ¿Se propone contribuir a su ennoblecimiento?

El primer decreto establece ciertas incompatibilidades para el desempeño de las cátedras y tiende aparentemente a limitar su acumulación. ¿Se puede pedir algo mejor? En la práctica el ministro Marco se ha propuesto, proclamar sus docenas o más vacantes, para distribuir cátedras entre sus correligionarios y satisfacer compromisos políticos.

Es, pues, un decreto corruptor. El segundo decreto se funda en que es necesario el proletariado intelectual y tiende, aparentemente a evitar ese peligro, restringiendo la enseñanza secundaria y normal a cargo del Estado. ¿No es magnífica la idea? En la práctica el ministro Marco se propone favorecer la absorción de la enseñanza secundaria y normal por los establecimientos religiosos a cargo de congregaciones religiosas, algunas de las cuales residen clandestinamente en el país, contra la expresa letra de sus leyes fundamentales. ¿Ignora el ministro que existe un plan internacional de la Santa Sede para recuperar el primado en la educación, disminuyendo la enseñanza laica del Estado y sufragando la impedida por congregacio-

## ¿QUE SOMOS?...

Formamos, históricamente, una nueva generación los jóvenes que hemos entrado a mayor edad al terminar, en su primera fase, la nefasta guerra que ensangrentó a Europa y arruinó, moral y económicamente, a toda la humanidad civilizada.

Fuimos testigos de la gran catástrofe, sin ser sus cómplices. Nos libraron de la desventura de envenerar nuestros espíritus con abyectas pasiones, que aún perduran en todos los que fueron aliados o germanófilos. Hemos escuchado a los unos y a los otros con un doble horror, de hombres jóvenes y de latino-americanos.

Alzamosnos, por eso, los principios e instituciones que concurren a desmenuzar la tragedia pasada; anhelamos, por eso, el advenimiento de nuevos principios e instituciones que impidan su repetición en nuestra América Latina.

No estamos dispuestos a seguir marcando el paso en las sendas ideológicas, que condujeron a las naciones al profesionalismo en la política interna, a la secreta intriga internacional, a las injusticias económicas de clase, al irrisorio desequilibrio de los factores sociales y al nuevo florecimiento de la superstición religiosa. Dejamos a la generación anterior el patrimonio de sus errores y de sus extravíos.

Hemos entrado a la vida en tiempos nuevos y queremos construir nuestra propia ideología, cuyas líneas generales conocemos, aunque no podamos definir sus formas precisas. En el orden interno deseamos que las camarillas políticas partidistas sean reemplazadas por hombres representativos de las

religiosas? ¿Cree que lo ignora la juventud estudiosa?

Es, pues, jesuítico su segundo decreto.

Ande con más cuidado el piadoso ministro; y con más cuidado ande la prensa, que se deja engañar, o lo finge, por las hipócritas apariencias de sus decretos.

Raúl H. Cinerós.

## A las plantas de la tiranía

Francisco Villaespeza y Juan Vicente Gómez

por Luis Enrique Osorio

de la sección editorial de la revista "Ideas del Sur", de Buenos Aires, y de la revista "El Siglo Veintiuno", de Montevideo, Uruguay.

Ahora que el renombrado poeta español se halla en vísperas de pisar tierra colombiana y que nuestro público se prepara a recibirle con esa admiración que le inspiran los señores trahumantes, fuerza es analizar a don Pao bajo un punto de vista bastante frío con su grandeza de artista: su pobreza de comerciante.

Francisco Villaespeza, el admirable cantor de El Alcazar de las Perlas, a quien algunos llaman con ironía el mago del verso, resolvió un día, como muchos otros intelectuales de la vieja España "hacer la América". La razón es sencilla: en la Madre Patria no vivían de la pluma sino los editores y los comedidos de gobierno chico. Madrid no dominaba ya a nuestro continente, sino con el libro, y los letrados han resultado convertirse en los modernos conquistadores, empleando toda clase de recursos para cambiar los lauros de allá por el oro de acá como quien truca vinos por patatas.

Pero como los poetas de aquel mundo se hallan muy lejos de sentir y pensar como nosotros, que tenemos una orientación quizá inferior a la de la península pero en todo caso distinta, las musas se despojan de toda su dignidad y ochan mano al libro de caja. Y como se reanuncian cuantas pesetas ya pueden los héroes repartirse y ir a manifiesta batallas en los cafetines de la Villa y Corte, comentando la cordillez de los sustos.

Francisco Villaespeza fue a Méjico resuelto a adaptarse al ambiente para cosechar unos cuantos aztecas. Escribió el *Hernán Cortés* y ¡oh! su falta de sinceridad artística sólo le permitió presentar una obra mediocre que no llegó al corazón del pueblo. Fue entonces cuando para dejar en buen pie la epopeya de la conquista escribió Antonio Méjico Bolio su genial poema épico *La Flecha del Sol*.

Afortunadamente no sólo *Hernán Cortés* se presentaba para un buen negocio. Los dictados son siempre prodigos, y mientras más erimes cometas, más dinero derrochan para comprar frases hiperbólicas. El gran poeta comprendió que en las queridas de Maracay no le cotizarían del todo mal y marchó a Caracas. Allí Bolívar era una mina para explotar. Y sin sentir el héroe ni amar nuestra independencia, ni creer quizá en el mérito de nuestros próceres, lanzó la segunda obra de la serie. Esto hubiera sido aún disculpable si el soneto que sirve de dedicatoria, de donde el autor de la *Gran Colombia* resulta igual y aun inferior al actual amo de la república hermana.

El elogio no es ni siquiera original. Todos los tiranos de Venezuela han pagado fuertes sumas de pesos para que se les compare con el libertador. Villaespeza no hizo más que estudiar el medio y dejar llevar de la rutina.

Juan Vicente Gómez pagó la genial comparación con cuarenta mil bolívares, dice que para la formación de una compañía española que estragara el imperio en Caracas. El poeta, que sólo había cálculos financieros, creyó tener ya en las manos la llave mágica de la fortuna, y contando de antemano con el mal gusto que atribuye a los mestizos de América, formó un cuadro mediocre y vino a recorrer el continente con su bastarda epopeya. Por desgracia los americanos no resultaron tan novatos en materia de arte. La compañía se disolvió en Caracas y la obra fue un fracaso, como que la compañía ten sólo retratos exóticos, lugares comunes y una carencia total de sentimiento realmente americano.

## EL HUMORISMO EN LA FILOSOFIA

Un libro de Ingenieros sobre Boutroux

por Julio Barreda Lynch

Una experiencia insinuaba las más intrépidas herejías. ¿Habla en serio de la hipocresía de los filósofos pasados? ¿En serio habla de la metafísica del porvenir? Por momentos parecía que sí; por momentos parecía que no. Y en conclusión, de ser serio, todo ello, el lector llegaba a esto: que la única filosofía legítima sería una metafísica constituida exactamente al revés de lo que todos los metafísicos suelen llamar filosofía. ¡Libre el Señor si lo hay— de caer en la tentación de burlarse de la obra que algunos miran devotamente como la llave de introducción al paraíso de la metafísica ingenuista!

Pero hoy aquí que Ingenieros ha progresado mucho en tres años, por lo menos a nuestro gusto; su nuevo libro "Emilio Boutroux y la filosofía universalitaria en Francia" nos resulta un ensayo de tipo humorístico filosófico. No se puede pedir nada más serio y nada más burlesco; el libro se presenta como la apología de un ilustre amigo muerto y en realidad converge a poner en ridículo a una acomodada mediocridad universitaria.

Imaginóse el lector que Ingenieros, entre elogios y cortésas, atribuya a Boutroux los siguientes errores y cualidades:

No es un filósofo, ni bueno ni malo. Estudiaba en Alemania cuando estalló la guerra del 70 y no se sabe qué fue de él durante el conflicto.

Al regresar a Francia se vinculó al partido maoísta y a la restauración. Escribió su tesis sobre la "Continencia" para servir a la reacción monárquico-clerical contra los republicanos liberales.

Durante la reacción su tesis le valió una brillante carrera. Cuando triunfaron los republicanos, Boutroux guardó su espiritualismo hasta nueva oportunidad y se dedicó a la historia de la filosofía.

En esta disciplina científica fue apenas un discreto profesional, sin originalidad en el pensar ni mérito técnico en la producción.

Como era un hombre bueno, todos sus discípulos lo querían mucho. Al producirse en Francia la ola mística de 1890 a 1900 los católicos empezaron a hacerle propaganda; Boutroux, que era protestante, a fin de aprovechar sus viejas opiniones en defensa del espiritualismo de mediados del siglo pasado.

Boutroux quedó vinculado al grupo de conservadores y monárquicos que se adhirió a la República, después de su triunfo; ese grupo conspiró contra los sectores radicados de la izquierda, hasta llevar a Poincaré a la presidencia de Francia con el apoyo de los monárquicos y clericales.

El espiritualismo (E) de Boutroux es una forma de conciliación con el catolicismo, paralelo a la política de acercamiento entre la Francia de Poincaré y la Santa Sede.

Boutroux fue un tonto distinguido, más bien que un tartufo. Muy pronto no habrá quien se acuerde de él.

Todas estas imputaciones ofensivas están escritas por adjetivos cariñosos y expresiones estereotipadas; cada vez que Ingenieros anuncia una crítica el lector espera oír el chasquido de una bofetada. En fin, convenzamosnos que, sin dejar de ser filósofo, el libro sobre Boutroux rebosa de ironías descomulgantes. ¿Cuándo va de veras? ¿Cuándo va de bromas? Y callamos, por no excederlos, las ofensas a toda la filosofía universalitaria, como si bastara ser profesor del Estado para convertirse en humilde esclavo de las ideas medias gratas a cada Gobierno. En este punto Ingenieros no se queda atrás del Schopenhauer y Croce; que en su tiempo escribieron análisis distribuidos contra la herda de gusanos sin virtud y sin originalidad.

El señor Boutroux nunca dijo si creía en la supervivencia del alma personal, aunque siempre habló de la eternidad del espíritu y de otras vaguedades que gustaban a los creyentes sin contrastar a los incrédulos. Incrédulo él mismo, aunque místico y panista, no pensó en su vida volver a este mundo para averiguar qué dirían de él—después de muerto. Particularmente sus amigos; sus más cordiales amigos; los que se tocarían la molesta de escribir un libro entero sobre él.

Que si volviera se echaría a pensar sobre la voluble inconstancia de la amistad y a manar juntas rogarias: "En mis amigos me guardo Dios!". Pues, en verdad, muy cruel amigo ha sido el que lo ha cantado las del barquero.

## A los estudiantes y a los maestros EL DEBER DE LA HORA ACTUAL

por Henri Barbusse

A vosotros, jóvenes trabajadores de la Francia y del mundo; a vosotros, que pertenecéis al mismo tiempo a todas las patrias por la magia de la nueva ley, — quiero decir el deber de la hora actual; es necesario, es imprescindible vivir nuestra sinceridad, sirviendo efectivamente al sueño que se dice y que se escribe.

En otro año, ya se os dijo: el momento es grave como nunca. Se os repite hoy la misma frase, porque es ahora más verdadera que ayer y lo será mañana más que hoy. Reina en el presente una enorme confusión en los espíritus, un desmoronamiento en las ideas. Casi por todas partes, los poderes establecidos organizan la controrrevolución suprema, por el terror, por la felonía, por el asesinato de aquellos que ansian una ley de justicia. La autoridad, constituida es aquí, brutal; allí hipocrita; en todas partes, mentirosa.

Nada hay en ello que pueda sorprendernos. Es la consecuencia lógica de una guerra de clase, perfeccionada sin cesar desde sus orígenes lejanos. Vosotros, jóvenes amigos que estudiáis historia y que tenéis sobre el alma de los sucesos una opinión distinta a aquella que dictan los pontífices, sabéis que ha habido siempre una masa servil y una oligarquía parásita y que los logros de la libertad humana no han consistido más que en ligeras modificaciones de esas minorías dirigentes; cambios de palabras y no cambios de cosas.

Quedo para vosotros rectificar toda la historia, para hacer mejor la vida del futuro. Para eso es necesario ante todo, hablar alto y francamente. "La inmensa mayoría de aquellos que dicen para nosotros una acción hostil o voz amiga no quieren sino por ignorancia de sus propios intereses y de nuestros genuinos esfuerzos. Debemos emplear nuestra fuerza en guiar a esa mayoría y en conquistarla para nuestra causa". ¿No parece que los ideales del grupo Claridad están contenidos por entero en esa alta reflexión de Liebknecht? A esa obra tan simple de expresar, tan difícil de convertir en realidad, nos hemos adherido fervorosamente. Queremos constituir la liga internacional de las conciencias. A ella tiende toda nuestra acción, nuestra propaganda escrita y hablada, los libros que establecemos entre "intelectuales" y "proletarios", por odio a una separación tan ficticia y nefasta como las fronteras: los grupos parciales que creamos en el extranjero para llegar a constituir una gran red fraternal y universal.

Hay, sin duda, tanto que hacer que podría decirse que casi estamos en el comienzo de todo; que podría decirse también que no cumpliremos nuestra misión sino a fuerza de recomenzarla. Por eso debemos cuidar especialmente lo que hoy hemos conquistado, denunciar las tentativas y las tentaciones que nos asedian, y defender ávidamente, para poder justificarlo de adhesiones, el credo de Claridad.

¡Pensemos que ese credo salvará de la inercia y de la despersión a tantas fuerzas fecundas. Elaborar un estado social — igualitario e internacionalista — que salve los errores del régimen burgués, batido en brecha por la evidencia de la realidad y de la lógica; combatir el militarismo bajo todas sus formas, de paz y de guerra; el imperialismo y el nacionalismo bajo todas sus faces; destruir la ilusión reformista susceptible de aniquilar la más rigurosa concepción teórica de anticapitalismo; no perdonar el clericalismo a pesar del desmoronamiento que los buenos apóstoles han tenido la habilidad de arrojar sobre esa lacha. Tal es el sentido del estado espiritual que debemos esforzarnos por multiplicar en torno nuestro. Si, es un estado espiritual, una tendencia y nada más. Pero sólo cuando la masa esté dispuesta a esa orientación renovadora, un partido político podrá aplicar acción las leyes nuevas. ¿Qué partido? El más racional y el más audaz, el más internacional y el más revolucionario.

Hemos protestado siempre contra el ostracismo y poco ingenio y funesto, que muchos intelectuales pronuncian contra la política y conocemos demasiado los vínculos que existen entre la idea y los hechos para caer en fallos tan enormes. Por iguales motivos no llegaremos tampoco al extremo contrario que consistiría en reforzar las filas de tal o cual partido. Los partidos políticos tienen su fin. El grupo Claridad tiene el suyo. Ha hecho ya un esfuerzo; hará muchos otros. Ha merecido la amistad y la confianza. Quié, puedo que está entre las manos de la juventud; sin duda, puesto que esa juventud sólo vosotros, contribuiréis poderosamente al despertar de las mentalidades, pero no vivirá y no triunfará, sino a condición de no apartarse de sus fin, de desdoblarse en detalles de política inmediata, y de distinguirse escrupulosamente lo que corresponde a la política y lo que importa a la vida.

He ahí una tarea que no por ser de orden general y preparatorio, disminuye en algo su importancia magna. Hemos dicho ya que la interpretación de los sucesos unitarios debía ser razonada. No se trata solamente de acertar de hoy; hay corrientes, choques de opiniones, y bajo las palabras, están los hechos. Pero las palabras y los hechos no concuerdan. Los abusos no persistirán si abandonan sus disfraces. El infierno social contemporáneo es una profunda mentira en la cual nos debatimos. Hay tanta seguridad como esperanza en quienes pensamos que en nuestra época — donde el drama de la miseria humana deviene una especie a causa de las grandes frases — el grupo Claridad habrá sostenido, entre muchas otras cosas, la explotación impudica del clericalismo.

Para rememorar esa corriente, es menester una potencia que sólo se encuentra en la juventud. Y nuestra fuerza os obliga. (De Clarité Universitaire, de París).



JOSE INGENIEROS

Algo de ello habíamos notado en algunas páginas de Chesterton y de Croce, excelentes escritores los dos, más volaríamos el primero en su forma y más eruditos el segundo en su concepto. Pero, en fin, Chesterton parecía haberse propuesto ser un Mark Twain de la teología y quedaba al margen de la filosofía; Croce, en cambio, gracioso como crítico y polemista, se había disfrazado de levita y sombrero de copa al escribir sus obras serias de filosofía. El humorista no era filósofo; el filósofo había dejado de ser humorista.

En realidad no hubiéramos sospechado jamás que un humorista de la filosofía podía aparecer en nuestra América Latina. Algo atisbamos, cuando José Ingenieros publicó sus "Protonoviones", me bajo una solenne

Justicia, ellos son los culpables de la hostilidad manifiesta con que se los recibe ya en las repúblicas del Sur.

La adulación a los tiranos puede perdurarse, a los nativos cuando obra el temor o cuando los doblaba el imperativo comunitario. Los hombres del nivel común no están obligados a ser héroes ni apóstoles. Pero un gran poeta como Villaespeza, que está obligado a perfeccionarse con su arte a las sociedades y a sacrificarse por ellas, ha procedido como un mercader a quien los americanos no deben tener en cuenta y aun más, deben considerarlo como un enemigo que los estrecha la mano.

Ignoramos si la visita del poeta Villaespeza sea una atención que sabemos agradecerle, o el propósito de escribir un Santander o una Polcarpa. Es doloroso que admiráramos tanto a Croce, que en su tiempo escribieron análisis distribuidos contra la herda de gusanos sin virtud y sin originalidad.

El señor Boutroux nunca dijo si creía en la supervivencia del alma personal, aunque siempre habló de la eternidad del espíritu y de otras vaguedades que gustaban a los creyentes sin contrastar a los incrédulos. Incrédulo él mismo, aunque místico y panista, no pensó en su vida volver a este mundo para averiguar qué dirían de él—después de muerto. Particularmente sus amigos; sus más cordiales amigos; los que se tocarían la molesta de escribir un libro entero sobre él.

Que si volviera se echaría a pensar sobre la voluble inconstancia de la amistad y a manar juntas rogarias: "En mis amigos me guardo Dios!". Pues, en verdad, muy cruel amigo ha sido el que lo ha cantado las del barquero.